

—Entonces, no sabes...?

—No sé nada! —dijo Clothier con-
uso. — Fero, de qué se trata, se-
ora?

Leonor ahogó un suspiro. Sus ojos
e llenaron de lágrimas, y con firme-
a más grande aún, repuso:

—Que quis ver, pues, a Don San-
he de Allica?

—Sí, señora!... Lo más pronto
esible!

Coexpontineo además, tomó de

gar a una puerta sobre la cual se a-
zaba una cruz.

—He aquí — dijo Leonor —
capilla del hotel de Arronces!

—La capilla del hotel de Arro-
ces! — repitió Clothier estremeci-
dise.

Y por una sucesión de peosamien-
tos rápidos como esos relampagos
ero por su inmediata proximidad
confundien casi en uno solo, las
que, lo mismo que a él le había

